

Resumen Imprimible

Curso de Violencia y de Temáticas de Género

Módulo 1

Contenidos:

- Matriarcado
- Desvanecimiento de la preponderancia del rol de la mujer
- Epopeya del patriarcado
- Rol de la religión, los estados y estratos sociales

El matriarcado

Es un tipo de sociedad o de modelo sociopolítico en el cual las mujeres ejercen el rol central como líderes políticos, autoridades morales, controladoras de la propiedad y tomadoras de decisiones; es decir, que representa una comunidad donde el poder político, económico y religioso se encuentra ejercido de las mujeres. A pesar de que el origen de la palabra matriarcado se le atribuye a la unión de los vocablos "mater", que en latín significa "madre", y "archein", que en griego representa a la palabra "gobernar", existen muchos debates en torno al significado exacto y concreto del término. Algunos suponen que es el reverso del modelo que rige nuestras sociedades desde los inicios de la historia, que es el patriarcal, caracterizado por el dominio del hombre sobre la mujer. Otros, como la antropóloga Anna Boyé, define al matriarcado como sociedades donde la mujer tiene una autoridad no coercitiva y reconocida por consenso.

Actualmente, un colectivo de expertos considera que el término matriarcado es aplicable con precisión y propiedad para referirnos a una comunidad en la que las mujeres dominen y exploten a los hombres, pero no cuando pueden compartir con ellos el poder. Ciertamente, si el poder es compartido entre ambos sexos de manera libre y democrática, tal vez no se podría hablar ni de matriarcado ni de su figura oponente, que es el patriarcado, ya que sería una sociedad igualitaria. No obstante, eso sería una materia de discusión ya que el matriarcado en sus orígenes no tenía ni previsto explotar a los hombres o anularnos tal como el patriarcado ha hecho con las mujeres.

Y en este punto es conveniente hacer la distinción entre el Matriarcado y otro término que casi no se utiliza y es el **ginocentrismo**. Mientras en el primero, tal cual referenciamos anteriormente, las mujeres controlan el poder sobre la sociedad, en el ginocentrismo se anula por completo la figura masculina, imponiendo el enfoque exclusivo en la mujer, en donde se toma como universal, único y exclusivamente

válido el punto de vista de ésta. ¡Como podemos ver, esta podría ser la figura por oposición al patriarcado!

A su vez, hay otra figura que, si bien en nada se relaciona con el matriarcado, muchas veces se la utiliza como sinónimo, y es el **matrilineaje**. Con este nombre, se describe a la transmisión de bienes y de prestigio social por vía materna y no de la paterna. Esto se conoce como "el derecho de vientre", ya que los hijos nacidos de una mujer son 100% (ciento por ciento) suyos, mientras que su paternidad puede siempre ser puesta en disputa.

Evolución histórica del matriarcado y las mujeres ilustres que hicieron gala de este

Los estudios del tema, nos enseñan que al día de hoy no existiría ninguna evidencia arqueológica ni etnográfica, que haya sido descubierta, y que nos inste a afirmar que las mujeres hayan explotado a los hombres en alguna sociedad del pasado. El hecho de que se hayan descrito religiones donde aparecen diosas, no evidenciaría la dominancia femenina. Lo mismo ocurre con la figura que se creen que forman parte del misticismo como eran las Amazonas. Es decir que hasta ahora las investigaciones científicas no han podido demostrar que en la historia de la humanidad hayan existido sociedades donde las mujeres dominen y exploten a los hombres como figura contrapuesta a las sociedades patriarcales. Esta postura se reafirma cuando analizamos los casos de reinas, gobernadoras o ancianas a cargo de una sociedad, esta última suele regirse en términos patriarcales, cediendo el poder a la mujer en ausencia o en representación del hombre, pero que en la mayoría de los casos de la historia que todos conocemos, siempre existían a su alrededor figuras masculinas con mucho poder que compartían la elaboración de las decisiones y la toma y ejecución de ellas.

La profesora de Arqueología y Prehistoria de la Universidad Jaume I de Castellón, Carmen Olària, ha señalado que las primeras organizaciones sociales a las que podemos vincular con las primeras comunidades humanas paleolíticas encuentran el correlato en las tribus o clanes, las cuales se tratarían de sociedades tejidas con un sistema igualitario. En estos casos, los lazos de parentesco parecería que eran matrilineales, ya que sólo la mujer podía reconocer a su propia progenie.

Por su parte, y siguiendo la línea de estudio planteada por la arqueóloga española María Encarna Sanahuja, sugiere podemos observar que las sociedades no patriarcales, de las que sí hay evidencias, no deberían denominarse matriarcado, sino sociedades matristas o sociedades con autoridad femenina.

El antropólogo suizo Johann Jakob Bachofen, en el año 1861 publicó un libro titulado "El derecho materno", Este estudio fue pionero sobre sociedades del pasado dominadas por mujeres, y tuvo un notable impacto en el pensamiento de su tiempo. Inspirado en la mitología griega, Bachofen era un convencido que la cultura europea temprana había pasado por tres ciclos:

- El primer ciclo estaba caracterizado por la figura de la barbarie, ningún sexo controlaba nada porque el control no existía.
- En la segunda etapa, aquellos personajes que contaban con autoridad tanto en la familia como en la tribu, estaba en manos de las mujeres y reinaba la promiscuidad sexual. A raíz de ello, y a dificultad para establecer con certeza la paternidad, la filiación sólo se realizaba por línea femenina.
- El tercer y último estado surgió tiempo después, cuando la humanidad alcanzó cierto grado de organización y donde ya se comenzaron a instalar los patriarcados.

La arqueóloga Joan Marler, quién es una estudiosa de las temáticas de género, afirma con intensidad que, si bien usualmente se asocia el concepto de matriarcado a

Bachofen, él jamás mencionó ese término a pesar de reconocer la existencia en el pasado de sociedades controladas por mujeres. Es que en realidad y con los datos que se han hallado, ya no se puede negar que en Paleolítico Superior las mujeres tuvieron un papel significativo. La mejor prueba de ello es el hallazgo de iconografías casi exclusivamente femeninas, encontradas en piedras talladas y en cuevas que datan de esa época, que evocan el papel significativo de la mujer, pero de la observación de dichas imágenes no se desprende una opresión total de la figura masculina. Es decir que con los datos que contamos, es posible afirmar que la mayor parte de la prehistoria, nuestros antepasados vivieron en grupos colectivos en los que disfrutaban de una relativa igualdad entre los sexos.

Es interesante que pongamos énfasis en el singular caso de una especie de matriarcado a la cultura Minangkabau de Indonesia, un grupo étnico que habita las tierras altas de Sumatra Occidental. En esta sociedad, rige el modelo matrilineal. Sin embargo, el rol de los hombres, lejos de la sumisión, suelen emigrar en busca de experiencia, riqueza o éxito comercial, razón por la cual las mujeres controlan, por ejemplo, el dominio de la tierra y la actividad agrícola. Observando esto, podemos decir que tanto el matriarcado, así como el patriarcado, son construcciones sociales que con el devenir del tiempo se los ha colocado como figuras antagónicas en términos sexistas.

La presencia de las sociedades patriarcales a lo largo de prácticamente toda la historia, ha quedado demostrada en diversos aspectos de la cultura y la sociedad. Aferrándose a esos conceptos antagónicos que miembros de la sociedad fueron creando y alimentando tenían como único fin darle poder al hombre, exacerbando su masculinidad, y aniquilamiento de la figura femenina.

Pese a ello, y al esfuerzo que se ha colocado a lo largo de los siglos en mantener a la mujer reducida a la maternidad y complacencia de los hombres, las oleadas del feminismo de a poco se han ido obteniendo algunas conquistas relativas los

derechos de las féminas frente al hombre. Muchos son los ejemplos de heroínas que hicieron punta de lanza para romper con este paradigma que nos maneja hasta la actualidad, por eso, los invitamos a recordar algunas de ellas y sus hazañas en favor de un mundo mejor.

- Cleopatra Filopator Nea Thea vivió entre los años 69 a 30 a. C, y heredó de su padre el trono de Egipto. Fue sin duda una de las soberanas con más poder de la antigüedad y también conocida por sus romances con Julio César y Marco Antonio.

- Juana de Arco es una heroína francesa quien tuvo a su mando el ejército real galo, siendo victoriosa en la mayoría de sus batallas. Como es de prever, conociendo el curso de la historia, murió en la hoguera por herejía en el año 1431.

- Otra mujer que intentó romper con el paradigma del patriarcado fue Ana Bolena. Ella fue la segunda esposa del monarca inglés Enrique VIII, y también murió asesinada. En este caso fue decapitada en la Torre de Londres después de que su marido la acusara de adulterio.

- Marie Curie fue la primera mujer que llegó a catedrática en la Universidad de París y la primera en ganar el Nobel, compartido con su marido Pierre Curie. Fue la descubridora del Polonio y el Radio.

- Simone de Beauvoir fue una escritora, profesora y filósofa francesa. Su obra "El segundo sexo" es considerada como una de las obras más elementales del movimiento feminista. A lo largo de los módulos dos y tres hablaremos un poco más de su obra, donde critica la sociedad patriarcal en la cual las jóvenes

se desarrollan y que limita a las mujeres al matrimonio y a la familia. Su pensamiento y el contenido de su obra fue tan controvertido que fue prohibido por la iglesia católica.

- Una figura que ha adquirido mucha publicidad en los últimos años, fue la pintora y revolucionaria Frida. Esta controvertida figura mexicana logró trascender a través de sus innovadoras obras de arte ya que siempre buscó hacer las cosas de forma diferente a como entonces estaba estipulado. Su orientación sexual y el desafío a los estereotipos era una clara señal de ruptura. Por ello, se convirtió en un icono de las mujeres fuertes.
- Otro ejemplo es el de Rosa Parks, reconocida como “la primera dama de los derechos civiles” por el Congreso de Estados Unidos. Ella fue una activista que se negó a darle su asiento de autobús a un pasajero blanco. Esto llevó a un boicot en Montgomery y otras manifestaciones similares que buscaban acabar con la segregación racial y luchar por los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos. Para honrarla, los estados de California y Ohio celebran el día de Rosa Parks el 4 de febrero, que era el día de su cumpleaños, y el 1 de diciembre, día en que fue arrestada.
- Margaretha Geertruida Zelle, conocida como Mata Hari, bailarina neerlandesa, se convirtió -un poco por necesidad y otro poco por las circunstancias de su vida-, en espía de los franceses para el gobierno alemán durante la primera guerra mundial. Un tribunal francés ordenó que muriera fusilada por alta traición.

- Entrando ya en las heroínas del siglo XX encontramos a la famosa escritora británica Virginia Woolf, quien se convirtió en uno de los máximos símbolos del feminismo y modernismo literario del siglo XX. De hecho, su ensayo “Una habitación propia”, que data de 1923, es uno de los textos más citados por el movimiento. La escritora sufrió abusos sexuales por parte de sus hermanastros, creándose en su interior una fuerte mentalidad de lucha contra el machismo que plasmó en su obra.

- El ícono emblemático de la República Argentina, la figura femenina por excelencia, es Eva Duarte. Ella en su juventud más incipiente trabajó como actriz, modelo y locutora; pero tras casarse con el presidente argentino Juan Domingo Perón, se convirtió en una incansable luchadora de los derechos de los trabajadores y de la mujer. Evita abrió y consolidó muchos espacios para la mujer, la clase trabajadora y los niños, que hasta ese momento no existían. Es la primera mujer argentina que logró ocupar espacios de poder y ser respetada y venerada hasta la actualidad.

- La salmantina Carmen Martín Gaité fue escritora y, a su vez, la primera mujer galardonada con el Premio Nacional de Literatura. También recibió el Nadal, por la novela “Entre visillos”, y el Príncipe de Asturias, entre otras condecoraciones.

- Benazir Bhutto fue líder del Partido Popular de Pakistán y fue la primera mujer que ocupó el cargo de primer ministro de un país musulmán. Dirigió Pakistán en dos ocasiones y fue asesinada en plena campaña política.

- Malala Yousafzai es una activista a favor de los derechos civiles, en particular de las mujeres pakistaníes, donde el régimen talibán tiene prohibido la asistencia a la escuela de las niñas. Sus ideales la llevaron a recibir un disparo en la cabeza cuando regresaba en autobús de la escuela a su casa. Pero lo que no mata, fortalece; y eso es lo que ocurrió en este caso. Yousafzai, lejos de echarse atrás, extendió su lucha a nivel mundial, y su labor le llevó a ser premiada con el Nobel de la Paz en el año 2014, convirtiéndose en la persona más joven a acceder a ese galardón, con tan sólo diecisiete años.

El desvanecimiento de la preponderancia del rol de la mujer

La mujer en los estamentos políticos, económicos y sociales, quedó muy atrás en el tiempo. ¿Y por qué se fue diluyendo? No hay una respuesta clara y concreta a este interrogante. Sin embargo, una línea importante de investigadoras, antropólogas y psicólogas, consideran como punto de inflexión el comienzo de la actividad bélica, y especialmente el combate cuerpo a cuerpo, lo cual puede haber servido para que los hombres establecieran su valor superior. A raíz de ello, y dado que no se conoce ninguna cultura en la que se haya formado a las mujeres para ser igual de bélicas y agresivas que los hombres, estos últimos comenzaron a tomar más protagonismo y a imponerse a la fuerza.

Otros factores explican la pérdida del poder femenino y la sustitución de la familia matriarcal por la patriarcal.

Parafraseando al geógrafo francés Élisée Reclus, el estado más bárbaro de la sociedad es aquel en que el hombre domina, no por ser padre, sino porque es el más fuerte, el que aporta mayor cantidad de alimento, y reparte los golpes, sea a los enemigos o sea a los débiles de la horda.

En aquellas sociedades prehistóricas, tal como lo hemos estudiado en la clase anterior, se comenzaron a generar divisiones que terminarían por imprimir la

importancia del hombre por sobre la mujer, y eso es así ya que en los países donde el principal medio de encontrar el alimento consistía en recoger los frutos y en rebuscar las raíces, las mujeres, a quienes sus funciones de madres y de nodrizas indicaban, desde luego, para ocupar el primer lugar, tenían además otras probabilidades en su favor, como dispensadoras de la vida material. Esas probabilidades aumentaban todavía en las regiones poco amenazadas por la guerra, donde el hombre no se elevaba repentinamente al primer lugar en calidad de defensor o de conquistador. Sin embargo, en aquellas regiones donde el entorno se volvía más inhóspito y había que salir a cazar y buscar nuevos territorios donde asentarse, era clave la fuerza de los hombres y su disponibilidad para salir del entorno en búsqueda de nuevas fronteras.

El establecimiento de las sociedades humanas de forma sedentaria es un punto clave para entender cómo se fue sobrevalorando al hombre por encima de todo y como sujeto activo del poder, deslizándose a la mujer a los resabios de una legitimación pasiva que la fue anulando en sus facultades y capacidades, hasta concebirla como un objeto en vez de un sujeto.

Comprender la reorganización social de las comunidades sedentarias ayuda a marcar un punto de enclave en el fin de la Edad de la Mujer. Aquí nace el establecimiento de las familias y el concepto de propiedad privada. En este sentido, se desarrolla la idea de patrimonio, que son todos aquellos bienes que detenta el hombre, incluida la mujer y los hijos.

La mujer es tratada, en todos sus aspectos, como un ser imperfecto, inferior al hombre. Así se fue demonizando a la mujer y su contacto directo con el universo, hasta señalarla como algo impuro y extraño, y es en este contexto que se va consolidando la idea de aplicar violencia contra el sexo femenino, ya sea de índole

física, sexual o psicológica. De este modo, se logra ir aniquilando la voluntad y cualquier clase de desarrollo que las mujeres podían tener.

La escritora, antropóloga y activista feminista argentina Rita Segato, en su obra literaria "Las nuevas formas de guerra y el cuerpo de las mujeres", nos enseña cómo con la violencia sexual se reafirma la destrucción moral del enemigo. En este contexto, el cuerpo de la mujer es el documento donde se graba a fuego la derrota moral del enemigo, y esta idea tan clara se perpetúa en toda la línea cronológica a lo largo de los miles de años de historia de la humanidad.

En este contexto, no podemos evitar recordar que, durante la guerra de Bosnia, ocurrida en la década de los 90, las fuerzas serbias practicaron violaciones masivas entre todas las mujeres y de todas las edades, aún ancianas y niñas. Se estima que pudieron ser entre 20.000 y 44.000 las víctimas de estos bárbaros. Tras su finalización, las violaciones fueron reconocidas por primera vez en la historia como un arma de guerra, empleada como herramienta de limpieza étnica y genocidio. Idéntica situación ocurrió en Ruanda y la República del Congo.

La violencia sexual tiene como blanco principal generar daño no sólo a la comunidad entera sino y por sobre todo a las víctimas ultrajadas y a sus descendencias. Es por tal motivo que la vejación se utiliza de manera sistemática en los conflictos como la vía para redibujar las fronteras étnicas.

Hasta el año 2008, en que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a través de su Resolución 18209, declarara la violación y otras formas de violencia sexual como crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y genocidio, los actos de violencia sexual eran considerados por el derecho internacional humanitario como una afrenta al honor y pudor de las mujeres y, por tanto, no se incluían en las categorías de genocidio, crimen de guerra, crimen contra la humanidad y tortura. Pero, los castigos que se han impartido e imparten sobre las mujeres no sólo se refieren al repudiable

acto de la violación, sino que existen infinidad de castigos físicos y psicológicos que se utilizaron contra el género femenino, todos ellos tendientes a imponer la dominación y dando nacimiento a lo que se conoce como la misoginia.

La epopeya del patriarcado

En los inicios de los tiempos, la mujer ejerció un papel fundamental, ya que la descendencia se marcaba por línea materna debido a que era la única certeza, porque cada mujer sabía cuáles eran sus hijos. Sin embargo, todos los hijos de las mujeres de una comunidad eran hijos comunes, concibiendo así, los matrimonios por grupos.

La predominancia de la figura femenina, reinante en este período histórico se entiende como un sistema en el cual la mujer ejerce una función social de primer orden para el desarrollo de la comunidad. Pero no ejerciendo una dominio sobre el hombre, sino porque la posición social de ambos sexos era determinada de acuerdo a las capacidades. Por ejemplo, un hombre anciano ya no podía dedicarse a labores de recolección, y una mujer joven podía perfectamente garantizar el sustento de la comunidad sin exponerse a labores o cargas extenuantes.

Si bien en el matriarcado la línea hereditaria se continuaba por la ´materna, como ya lo estudiamos en la clase anterior, para ir despojando a la mujer de esta posición que ocupaba en la comunidad, fue necesario ir delineando y estableciendo las condiciones para garantizar que la herencia se marcara por vía paterna. Después de todo, consideraban que eran los hombres quienes había logrado acumular riquezas. Para ello, fue necesario la esclavitud de la mujer, como garantía de esa sucesión.

Así, va surgiendo una figura antagónica a la del respeto de los sexos, y que estimula la creación de sistema de géneros, que se fue perpetuando hacia la dominación total de la mujer. Es importante recalcar que la conceptualización de la palabra "género",

como es utilizada en términos sexistas y aplicados a la especie humana, es una construcción social y que se diferencia del sexo en su origen, pues éste último es de carácter biológico, y el primero es de carácter cultural.

En términos generales, el **patriarcado** se entiende como un régimen instaurado por los hombres y en su amplio beneficio y aprovechado por todas las instituciones públicas y privadas, sin distinción. Estos son quienes, como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva, y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea con medios pacíficos o mediante el uso de la violencia.

El “**patriarcado**” y el “**machismo**”, si bien son dos conceptos que tienen mucho en común, no son lo mismo. Mientras el primero es un sistema integral que comprende los tres poderes del Estado y el conjunto de la sociedad, concediendo privilegios al hombre que no le otorga a la mujer, el segundo se refiere al comportamiento y actitud de cada persona, sea hombre, mujer, o grupo social, que considera a la mujer inferior al hombre.

El origen del patriarcado, entendido como un contrato social que sigue vigente y fue ratificado en momentos claves de la historia, como la Revolución Francesa, se rige por unas reglas que vienen determinadas por los estereotipos de género que nos asignan desde que somos niñas y niños, así como por los símbolos creados desde la filosofía, la religión o la ciencia para explicar la vida que se han ido asentando como verdades absolutas a lo largo de los siglos.

La historiadora australiana Gerda Lerner, en su libro “La creación del patriarcado”, nos enseña que la negación a las mujeres de su propia historia, ha reforzado que acepten la ideología del patriarcado y ha minado el sentimiento de autoestima de cada mujer. Además, señala al patriarcado como la manifestación e

institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y niños y niñas de la familia y la ampliación de ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general. Las investigaciones de esta historiadora se remontan a la Mesopotamia, entre los años 6.000 y 3.000 A.C., enseñándonos que, en la sociedad de esa época, el dominio patriarcal sobre la familia adoptó multiplicidad de formas, como, por ejemplo, la autoridad absoluta del hombre sobre los niños, la autoridad sobre la esposa, y el concubinato. Manifiesta que, conforme a estas construcciones simbólicas fijadas en la filosofía griega, las teologías judeocristianas y la tradición jurídica sobre las que se levanta la civilización occidental, los hombres han explicado el mundo con sus propios términos, siendo ellos quienes fabrican símbolos para hacerlo, y ellas quienes cuidan de las necesidades físicas y vitales de los hombres y sus hijos.

Si analizamos la etimología de la palabra Patriarcado, vemos que la misma procede del griego y significa “gobierno de los padres”. El adjetivo patriarcal describe una estructura en la que los varones tienen poder sobre las mujeres.

Siguiendo esta línea de estudio, Lerner nos refiere que, en sus orígenes, el patriarcado está asociado al sexo, la reproducción y la guerra, ya que las mujeres formaban parte del botín cuando un pueblo era conquistado. Su unidad básica era la familia patriarcal, que generaba normas y valores.

La autora subraya que este sistema está directamente relacionado con los primeros papeles que les fueron asignados a las mujeres por su género, los cuales fueron ser intercambiadas en transacciones matrimoniales, en las que ellos eran los que hacían el intercambio y definían los términos y el rol de la esposa suplente o concubina. Para ella, la sexualidad femenina se convierte así en una mercancía, lo que supuso la primera apropiación de la propiedad privada y, por tanto, la sociedad patriarcal es previa a la sociedad de clases.

Como pieza clave en la transmisión de este sistema de ideas, sitúa a Aristóteles, cuyo pensamiento ha tenido una enorme influencia en la construcción de la cultura de Occidente. El filósofo tomó las teorías de Platón y sus maestros de la Grecia clásica y las transmitió a Alejandro Magno y otros alumnos nobles, que las propagaron durante la expansión comercial y política de su imperio.

Para Aristóteles, la mujer era inferior e incompleta por naturaleza, tenía la misma categoría social que un esclavo, y su principal virtud era estar callada. Asimismo, planteaba que su finalidad era reproducirse y cuidar a su marido. Posteriormente, mediante guerras, conquistas, modelos de pensamiento religiosos, leyes, revoluciones, nuevos regímenes políticos y económicos como el colonialismo, imperialismo, marxismo, capitalismo, entre otros, se ha afianzado e incluso reforzado este sistema de poder.

El carácter económico del patriarcado se determina no sólo por su origen, el cual tiene profundas raíces económicas, sino además porque mantiene sobre la mujer relaciones propias de la esclavitud que están determinadas fundamentalmente por el trabajo no remunerado que realiza de manera exclusiva la mujer en el hogar. Esto, a su vez, establece su carácter social, el cual ha permitido confinar a la mujer a la escena privada, y con ello, toda la carga y actividades que en esta esfera se realizan y que no tiene valor económico, para asignarle. A su vez, le ha otorgado al hombre, la esfera pública, permitiendo un mayor desarrollo de su personalidad, además de crear una cadena de dependencia que se resume en la relación explotador–explotado, y que se reproduce en la vida familiar en micro, como unidad económica de la sociedad, bajo la fórmula: hombre obrero explotador – mujer obrera explotada. Podemos decir, entonces, que el patriarcado es un modelo de sociedad, donde la figura masculina detenta la superioridad por el simple hecho de ser hombre, y relega, de ese modo, a la mujer, a lo femenino, a un segundo plano. Estos dos roles, el de

poder y dominación del hombre y el de servicio y sumisión de la mujer, se sostienen y perpetúan gracias al soporte del conjunto de la sociedad: el Estado, la Justicia, las leyes y normas, las costumbres, las creencias, etc.

La abogada feminista Marta Fontenla, en su artículo “¿Qué es el patriarcado?”, nos enseña que, con la formación de los Estados modernos, el poder de vida y muerte sobre los demás miembros de su familia pasa de manos del pater familias al Estado, que garantiza, principalmente, a través de la ley y la economía, la sujeción de las mujeres al padre, al marido y a los varones en general, impidiendo su constitución como sujetos políticos.

La escritora feminista estadounidense Kate Millet, nos enseña que, para el feminismo radical, la sexualidad de las mujeres se considera prioritaria en la constitución del patriarcado. Con este término, la autora se refiere a las relaciones sexuales como relaciones políticas, a través de las cuales los varones dominan a las mujeres. A su vez, la escritora Shulamith Firestone, postula como base de la opresión social de las mujeres, su capacidad reproductiva.

En esta misma línea de pensamiento, la politóloga Anna Jonásdóttir, considera que la cuestión de lucha de poder socio-sexual específica, es una lucha sobre las condiciones políticas del amor sexual; cuestionando la forma presente de heterosexualidad dominada por el hombre y las articulaciones del poder sexista en la sociedad moderna en general.

Otras corrientes consideran que un sistema basado en clases sexuales, generados a partir de la idea de las relaciones de reproducción, se apoyan en sistemas de control de la capacidad reproductiva de las mujeres, y en las relaciones de producción de los hombres.

La escritora española Lidia Falcón, exponente del feminismo materialista, entiende que son los padres–maridos quienes controlan el cuerpo femenino y se apropian del trabajo productivo y reproductivo de las mujeres.

Por su parte, la socióloga francesa Christine Delphy, afirma la existencia de una “relación de producción entre marido y mujer en la familia nuclear moderna, consistente en la relación de una persona o jefe, cuya producción se integra al circuito mercantil, con otra que le está subordinada, porque su producción, que no se integra a ese circuito, es convertida en algo invisible”. En virtud del matrimonio y del trabajo doméstico gratuito, las mujeres comparten una posición común de clase social de género.

En la línea del feminismo marxista, una de sus exponentes más importantes, Heidi Hartmann, sostiene la teoría de los sistemas duales, definiendo el patriarcado “como un conjunto de relaciones sociales entre los hombres que tiene una base material, y aunque son jerárquicas, crean o establecen interdependencia y solidaridad entre ellos que los capacitan para dominar a las mujeres”. No es sólo el sistema, sino los varones como tales quienes oprimen a las mujeres. La restricción de su sexualidad, junto al matrimonio heterosexual como formas de control sobre la fuerza de trabajo de las mujeres, son elementos cruciales del patriarcado, que no descansa sólo en la familia, sino en todas las estructuras que posibilitan este control. Asimismo, para la escritora Audre Lorde, las mujeres están expuestas a distintos grados y tipos de opresión patriarcal, algunas comunes a todas y otras no.

Después de la conquista de América por parte de los españoles, a las mujeres se las sometía a través de las Leyes de Partidas, la familia patriarcal y la influencia y poder de la Iglesia Católica, continuándose en las leyes de los Estados–Nación que se van constituyendo a lo largo del siglo XIX.

Como podemos ver, este modelo sostenido en las construcciones de género, se fue acomodando siempre a las diferentes etapas históricas asegurándose su prosecución; pero como no viene determinado de forma biológica o en la naturaleza, puede llegar a su fin en cualquier momento. Así, los estudios feministas sobre el patriarcado y la constatación de que se trata de una construcción histórica y social, señalan las posibilidades de cuestionar todo nuestro sistema actual de valores, y entonces modificarlo por un modelo social justo e igualitario. Sólo entonces, podremos hablar de igualdad, equidad y libertad.

El rol de la religión, los estados y estratos sociales

Todas las expresiones del pensamiento dominante de la mayoría de los pueblos, son el vehículo de difusión y publicidad de las ideas y prácticas que se llevan adelante en la sociedad. Los gobernantes y sus grupos de poder han creado y se han aliado con el patriarcado para someter, esclavizar y privar de libertad a más de la mitad de la humanidad, las mujeres, y en esta carrera creciente de feminicidio mundial, las religiones han tenido y tienen un papel fundamental. La historia y la práctica de las religiones está interpretada y dirigida exclusivamente por hombres, y en esas interpretaciones, la misoginia se hace patente. En todas las religiones, las mujeres solo están para servir al hombre, que es el que domina; ninguna mujer ha sido nombrada papa, no pueden officiar sus actos religiosos, y apenas tienen voz y voto. Las religiones occidentales sustentan su línea ideológica en que la figura de la mujer es sinónimo de sumisión/sometimiento, objeto de pecado, tiene escasa participación en su organigrama y en un plano secundario, siempre sometida a los dictados de los hombres que rigen y gobiernan la institución de manera autoritaria.

Las religiones con mayor cantidad de seguidores, sustentan sus doctrinas en la línea del patriarcado. Encontramos millones de ejemplos en sus libros sagrados.

Las religiones, más que propiciar un pensamiento igualitario entre mujeres y hombres, lo que hacen es todo lo contrario, y como tal, abanderan y justifican las desigualdades entre ambos colectivos. La mujer es inferior al hombre, es un ser despreciable y pecador, por lo tanto "el látigo" y el castigo están justificados. De ahí, al asesinato, como está ocurriendo, media un paso. En el sagrado nombre de las religiones, se sigue defendiendo la discriminación de la mujer, su recorte de derechos, y su dependencia del varón, en todos los sentidos y momentos.

La periodista Montserrat Barba Pan, en su artículo "Las cazas de brujas: el genocidio de mujeres sabias y libres", estima que nueve millones de mujeres fueron víctimas de un genocidio en Europa y Estados Unidos durante los siglos XVI y XVII, acusadas de brujería. Sin embargo, las brujas no han pasado a la historia por su valor, independencia y sabiduría, sino como un ícono de maldad y terror, que forma parte de relatos para niñas y niños, películas, literatura y leyendas, que todavía se transmiten de generación en generación.

Barba Pan manifiesta que el feminismo, sobre todo desde los años 70, ha rescatado, hasta nuestros días, la verdadera historia que se esconde tras la caza de brujas: el nacimiento de un nuevo sistema económico en la Edad Media en el que Iglesia y Estado se aliaron para imponer una moral y un régimen de dominio de las tierras y los bienes en el que cualquier resistencia era pagada con el aislamiento y la muerte. ¿Qué ocurrió entonces con las mujeres que estudiaban los remedios naturales y propiedades de curación de las hierbas? ¿Y las que se encargaban de la natalidad y de practicar abortos?

Durante el advenimiento del capitalismo, se intensificó el control hacia las mujeres, sus cuerpos, la maternidad y su rol social.

Las mujeres independientes y liberadas sexualmente, fueron víctimas de un genocidio de dos siglos, que, en palabras de la escritora estadounidense Silvia

Federici, "junto a la trata de esclavos y la conquista de América, fueron imprescindibles para instaurar el capitalismo moderno". El libro de Federici, titulado "Calbán y la bruja", fue fundamental para conocer esta etapa de la historia y cómo la herejía y la brujería no eran más que supuestos delitos instaurados por la misoginia. Curanderas, profetas, artesanas, agricultoras y botánicas se las convirtió en impuras por creer que estaban desafiando el orden patriarcal y, por lo cual, fueron perseguidas, torturadas y víctimas de violencia sexual. Muchas ejercían el papel de lideresas espirituales y eran ejecutadas en público como una forma más de intimidar a la sociedad, y las víctimas idóneas eran viudas de mucha edad, ya debilitadas y dependientes del Estado, así como mujeres sin marido, hermanos o hijos, que eran acusadas de brujería con más frecuencia para apoderarse de sus propiedades. Con estos asesinatos ejemplares, todas las mujeres estaban bajo sospecha si cuestionaban la obediencia. Muchas de ellas eran víctimas de violencia machista en un contexto de supremacía de las relaciones sociales masculinas.